



Pandemia y Migración: Dos Caras de una misma moneda

Pandemic and Migration:
Two Sides of the Same Coin

Pandemia e migração:
dois lados da mesma moeda


LUIS JAVIER HERNÁNDEZ CARMONA

HERCAMLUISJA@GMAIL.COM

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, VENEZUELA

[HTTP://ORCID.ORG/0000-0002-7405-4939](http://ORCID.ORG/0000-0002-7405-4939)

RECIBIDO 01/06/2022 * ACEPTADO 07/07/2022



Resumen

Esta reflexión pretende situar dos variables significantes: pandemia y migración, alrededor de una unidad temática fundamental representada por la *crisis de sentido*, como una forma de legitimación de los discursos del poder en función de la administración política y sus propuestas de consenso que intentan normar la actuación individual-colectiva. De allí los intentos por temporalizar una noción de crisis y hacerla recurrente para tratar de renovar las exigencias del sentido según las circunstancias socio-históricas, sin tomar en cuenta las decisiones de los ciudadanos agrupados alrededor de ella en un rebaño complaciente y obediente, signado por la culpabilidad ancestral y los constantes deseos de redención cada vez más lejanos e inalcanzables. Al respecto, la base de esta crisis de sentido es específicamente enunciativa, proviene de una estrategia comunicacional para crear los espejismos distractores, las incertidumbres apocalípticas, las máscaras de la felicidad y el confort, a modo de bien consumible en medio de las estridencias de las sociedades del espectáculo y el desapego.

Palabras clave: Pandemia, migración, crisis, sentido, desapego.

Abstract

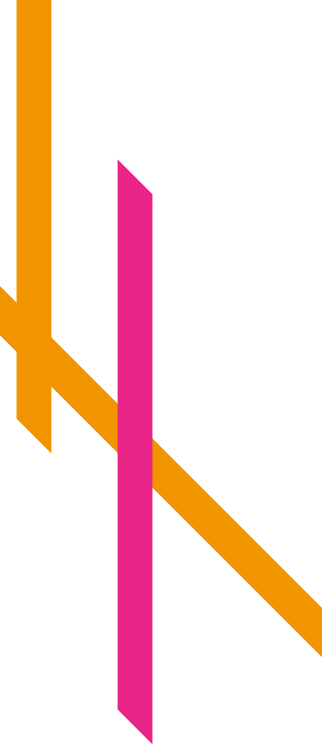
This reflection aims to situate two significant variables: pandemic and migration, around a fundamental thematic unit represented by the crisis of meaning, as a form of legitimation of the discourses of power based on the political administration and its consensus proposals that try to regulate the individual-collective action. Hence the attempts to temporalize a notion of crisis and make it recurrent to try to renew the demands of meaning according to socio-historical circumstances, without taking into account the decisions of the citizens grouped around it in a complacent and obedient herd, marked by the ancestral guilt and the constant desire for redemption that are increasingly distant and unattainable. In this regard, the basis of this crisis of meaning is specifically enunciative, it comes from a communication strategy to create distracting mirages, apocalyptic uncertainties and masks of happiness and comfort, as a consumable good in the midst of the shrillness of the societies of spectacle and detachment.

Keywords: Pandemic, migration, crisis, meaning, detachment.

Resumo

Esta reflexão visa situar duas variáveis significativas: pandemia e migração, em torno de uma unidade temática fundamental representada pela crise de sentido, como forma de legitimação dos discursos de poder baseados na administração política e suas propostas consensuais que tentam regular o ação coletiva. Daí as tentativas de temporalizar uma noção de crise e torná-la recorrente para tentar renovar as demandas de sentido de acordo com as circunstâncias sócio-históricas, sem levar em conta as decisões dos cidadãos agrupados em torno dela em um rebanho complacente e obediente, marcado pela culpa ancestral e o desejo constante de redenção cada vez mais distantes e inatingíveis. Nesse sentido, a base dessa crise de sentido é especificamente enunciativa, advém de uma estratégia de comunicação para criar ilusões distrativas, incertezas apocalípticas, máscaras de felicidade e conforto, como bem consumível em meio à estridência das sociedades do espetáculo e descolamento.

Palavra chave: Pandemia, migração, crise, significado, distanciamento.



Una crisis nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas pero, en cualquier caso, juicios directos.

Hannah Arendt

En principio; la Sociedad del Desapego

Por la inclinación ontosemiótica de esta reflexión, es preciso contextualizar la unidad temática fundamental –crisis de sentido– en medio de una sociedad del desapego, entendida ésta, a modo de campo propiciante de la desvinculación del sujeto con su mundo fundacional o primordial, para impulsarlo hacia una desobjetivación que permita hacerlo presa fácil de las manipulaciones ideológicas de los discursos del poder. Una frondosa cadena significativa a irse eslabonando a lo largo de la historia de la humanidad para apuntar hacia la desaprensión afectivo-subjetiva y, la entrega a una racionalidad obsesionante como el paradigma a sustituir todo soporte enunciativo, alejándolo de su naturaleza trasgresora para hacerlo mecanismo consentidor de acontecimientos, juicios y determinaciones.

De esta forma, las bases significantes del mundo primordial o fundacional pueden ser fácilmente modificables para alterar el curso de los acontecimientos, por ende, de sus principios argumentales, tal cual ha sucedido

con la historia en su carácter desvinculante, que afianzada en una educación meramente cognoscente, privilegia el sentido conmemorativo para conferirle a la epicidad cosificante un sitio de honor que hasta hoy, justifica acciones de guerra, promueve el armamentismo a manera de ejercicio del poder. Sobre las bases de una historia a privilegiar los acontecimientos bélicos como forjadores de la nacionalidad, cualquier país del mundo muestra su grandeza universal, dejando a un lado la civilidad, la construcción de ciudadanías sensibles sobre las cuales deben descansar los fundamentos de toda sociedad tendiente a la equidad y tolerancia.

Ante tales circunstancias, las sociedades del desafecto han logrado crear sólidos mecanismos de seducción enunciativa para orientar sus propósitos hacia el consumo y las mentalidades obcecadas por una felicidad a adquirir en los anaqueles del comercio, a actuar en un presente efímero sin ninguna sujeción a pasados fundacionales, en procura de una felicidad tan similar a un producto instantáneo de calentar y servir. En la llamada cultura del artificio, el espectáculo es la referencialidad a cambiar vertiginosamente que no da tiempo a asimilar contenidos, sin embargo, marcan pautas determinantes en las conductas de los individuos, pues se han convertido en etiquetas para lograr el reconocimiento dentro del colectivo. Ello ocurre con la estética corporal, la nueva forma de sobrevivir ante la vorágine urbana.

Con esta propuesta de la estética corporal, es posible establecer relaciones argumentativas que van desde el ejercicio comercial y los llamados emprendimientos, que en el caso del fenómeno migratorio son un campo de profunda significación¹, hasta las actitudes personales por remozamientos estéticos para mejorar la apariencia, adecuarla a las demandas de los actuales tiempos liderados por las redes sociales. En medio de una pandemia, la sanidad corporal es desplazada por la estética como si en

1. En el caso de Venezuela, los emprendimientos son las herramientas más idóneas para enfrentar la situación sociohistórica que vive el país, llegando hasta el extremo de superar la rentabilidad de muchas profesiones, entre ellas, la educación, quizá uno de los sectores más golpeado reivindicativamente, lo que ha generado deserciones para migrar o, en su defecto, cambiar de actividad en el país. Y dentro de estos emprendimientos, es asombrosa la proliferación de locales sobre estética corporal, al parecer la demanda garantiza el sostenimiento de este tipo de actividad comercial, aun en 'tiempos de crisis'. De hecho, la paradoja abre un fértil camino interpretativo desde las dimensiones intersubjetivas a modo de materia significante.

algún momento pudiera representar un antídoto frente a la amenaza del virus, pero a pesar de todo, permanece a manera de proceder a consolidarse cada vez más, para demostrar una determinante inclinación hacia la exterioridad, en la cual, los estándares de belleza son imprescindibles al momento de ser incorporados a los lugares de privilegio colectivo.

En el caso planteado, la evidencia pertenece a una configuración significativa determinada por la mencionada cultura del artificio en la configuración de las sociedades del desapego, que en su praxis ideológica aconsejan el desapego a las instancias esenciales del sujeto para ofrecerles otros referentes, crear nuevas articulaciones del apego por medio de actos enunciativos inherentes a la acción comunicativa cotidiana. O más bien, haciendo de la cotidianidad el principal eje referencial para la creación de nuevas afectividades, aunque éstas, sean completamente ajenas al sujeto, que horrorizado de su propia sensibilidad cae en las trampas del sin-sentido. De allí que, el referente enunciado en ningún momento es neutro, siempre va a cargarse a partir de la atribución de los sujetos enunciantes, que en el caso de las sociedades del desapego, responde a una intención de direccionar bajo etiquetamientos, a la población hacia los rebaños obedientes y complacientes.

Esa conducción a pastar en los territorios de la felicidad² no es nueva, está basada indudablemente en la orfandad a irse recrudesciendo a medida que avanzan los tiempos y mutan los espacios. Esta orfandad comienza con el exilio del ser divino y la consiguiente secularización de las sociedades. Un dios en el exilio observa impotente el forjamiento de nuevas deidades que asumen su función para desapegar más al sujeto de sí mismo, hacerlo oferente de tributos a la renovada constelación de dioses terrenos a forjarse a través de los medios de información, la nueva concepción de heroicidad que a su vez sustituye la epicidad histórica para el surgimiento de los héroes urbanos, muchas veces transferidos del comic a la cotidianidad, de

2. Para efectos de esta reflexión, la felicidad es una isotopía de gran valor argumental. Ella representa un destino común surgido de una intrincada madeja de significaciones que vinculan al Ser intentando un posicionamiento en medio de un espacio significativo, que lo lleve a su realización según los deseos infringidos por la sociedad del desapego. Por lo que es fundamental indagar según qué principios y propósitos transita el sujeto hacia los espacios de la felicidad, pues muchas veces, pareciera ser hacia el autoconfinamiento en laberintos insondables.

la realidad virtual al acontecimiento histórico para crear una metavirtu-
lidad a manera de campo enunciativo.

Esta metavirtualidad es imprescindible atribuirla a modo de multiplicidad de los espacios enunciativos, para valorar la acción comunicativa dentro de la hipertextualidad a ampliar los horizontes referenciales. Una ampliación basada en los posicionamientos de los enunciantes a partir de circunstancialidades específicas que demandan una interacción ante las propuestas significantes a intentar sistematizar, normar y direccionar al colectivo hacia objetivos precisos, demarcados por quienes tienen la potestad otorgada por el ejercicio del poder en sus diversas formas y maneras. Pero además de ello, esta metavirtualidad implica una empirización de la realidad para el desenvolvimiento del sujeto –virtual– en un campo signado por la pluralidad espacio-temporal, que en los actuales momentos, en plena pandemia del Covid-19 y el fenómeno migratorio, se han multiplicado de forma vertiginosa al convertirse en el puente a vencer distancias y limitaciones de cercanía física.

De esta forma el mundo pareciera dividirse en dos dimensiones: la constatable y la virtual, siendo esta última la oportunidad de crear espacios imaginales a homologar un sueño colectivo como convergencia del acontecimiento a partir de la figuración desiderativa de los sujetos interactuantes en medio de un laberinto iconográfico, basado en el constante estallido de imágenes y mensajes en tiempo real para hacer más sentida y novedosa la participación en una realidad más allá de la realidad, de la realidad que pareciera ganar ímpetu y actualidad al virtualizarse en un mercado de ilusiones a ofrecer alternativas ‘reales’, abrir posibilidades en medio de la incertidumbre, ofrecer cobijo y protección a través de una cotidianidad dinamizada por la tecnología, vuelta certeza en la instantaneidad referencial. Mientras surge una nueva historia entrecruzada por un laberinto de sentidos, enmarcada en la implosión de los tiempos y sus instantaneidades referenciales.

200

Al respecto, los caballos y las armas han sido sustituidos por la tribuna política, un balón de fútbol, una pasarela, para fundar paradigmas a rendirle culto e intentar convergir en los nuevos modelos a regir la sociedad. Hecho que condena a la historia conmemorativa a ser un museo para ir exhibiendo

en vitrinas los referentes convertidos en cascarón vacío, simples imágenes cuyos ejes referenciales ya no permiten un real efecto significativo con respecto a la acción comunicativa. Esto es, los efectos significantes en ella misma y en correspondencia con el colectivo, no representan la esencia referencial. Esa es la historia para ser vista, nunca para escucharla, pues su voz aún sigue silenciada por los estruendos de los cañones y el carácter cinematográfico de las narrativas históricas tradicionales.

En este sentido, el objeto histórico ha sido diseñado para su contemplación, nunca para ser escuchado, donde reside la alternativa de incorporar la periferia a los centros significantes y poder crear posibilidades argumentales, generalmente más cercanas a los sujetos que a la cosificación del acontecimiento a partir de las cegueras ideológicas y adoctrinamientos de cualquier índole. La no-escucha implica una ceguera histórica bajo el fomento de idolatrías, ya no solo reservadas al proceder de algunas religiones, sino convencionalizadas a manera de referente para acordar la realidad en función de ‘normalidades’, que en muchos aspectos, pueden estar fundamentadas en el sin-sentido, tal es el caso de la guerra frente a la indiferencia de la humanidad.

En la suplantación de los afectos por parte de esta sociedad idólatra, el sujeto ha ido desgajándose en una memoria que no le pertenece, pues reside en la instantaneidad e inmediatez, fácilmente intercambiables sus referentes como piezas de un rompecabezas a nunca materializarse en una imagen concreta, sino en incertidumbres, en futuros quiméricos que no terminan de cuajar y siguen girando en torno a las promesas del paraíso venidero. Abundan las metáforas quiméricas diseñadas como zonas de confort, el paraíso perdido es representado por diversas fisionomías terrenales, pero con una base común en la tradición enunciativa de presentar el pasado a manera de reservorio de las metáforas fundadoras de destinos. Simplemente, han invertido la pirámide, pero la dirección sigue siendo la misma, crear rutas de destino marginales o de consuelo ante la imposibilidad de lograr los objetivos y propósitos de vida. Antes fue el pasado quimérico, ahora el futuro, mientras en un presente, el sujeto está más huérfano que nunca hurgando en las promesas gubernamentales o los nuevos paradigmas heroicos para encontrar los insumos necesarios para su realización.

No tan metafóricamente, el sujeto pende de un hilo entre un presente fugaz y un futuro bajo los umbrales de una normalidad carente de sentido, profundamente impresionista que limita cualquier intento de reflexión. La instantaneidad trae consigo el acrecentamiento de las acechanzas de la finitud del sujeto frente a las maravillas de la vida y el placer de disfrutar mientras transcurre el tiempo. Esta circunstancia individualiza mucho más la muerte, crea mayor insensibilidad frente a la muerte del otro, pues todo parece resumirse en el axioma: *los individuos mueren; la vida no*, por lo tanto hay que vivirla, gozarla, disfrutarla. En resumidas cuentas, es la tragedia del otro al que le toca vivir la guerra, la migración, o es víctima de la pandemia del Covid-19. Porque ante el colectivo serán despersonalizados y presentados dentro de estadísticas, utilizadas generalmente para la manipulación de opiniones y encauzamiento de conductas dentro de determinados contextos.

Al respecto, es importante acotar la figuración de la muerte circunscrita al plano personal, con el refluir de los apegos primigenios al sentir de cerca los impactos del acontecimiento adverso, fusionarse a una parte del colectivo padeciente para poder asumir esa referencialidad como suya. Abandonar por un momento la visión basada estrictamente en la exterioridad para consustanciarse en el mundo íntimo y sus incidencias en la memoria afectivizada. En ocasiones, encontrarse con Dios en su exilio y circunstancialmente acompañarse de preceptos suspendidos en la marcha vertiginosa por los presentes fulgurantes. Esta transitoriedad crea paréntesis existenciales que de alguna u otra manera devuelven al sujeto a sus mundos primordiales, lo centran momentáneamente alrededor del sí mismo para afrontar el duelo, que hoy día encuentra en las redes sociales un gran escenario de solidaridad y consuelo.

Quizá esta sea una de las más auditables ventajas de las redes sociales, quienes en estos tiempos de distanciamiento físico advenido por la pandemia, o la separación forzosa ocasionada por la migración, son un punto de encuentro donde la metavirtualidad crea la convergencia espacio-emotiva para fusionar en un lugar equidistante, la reciprocidad significativa. Esa reciprocidad que va más allá del uso de un dispositivo electrónico para comunicarse, al extenderse

a las redes sociales y crear una especie de ciudadanía sensible para establecer lazos de solidaridad y confortamiento colectivo. Pudiéndose hablar de un uso sensibilizado de la tecnología para dejar a un lado la demonización recurrente y concurrente de la que es objeto consuetudinariamente. Pues la tecnología es eso, un recurso que adquiere sentido para el hombre cuando lo incorpora a su existencia, de ello dependen los resultados de su uso; si para beneficio o destrucción, en todo caso, una verdadera arma de doble filo.

En las sociedades del desafecto, el imperio de una cultura de la despersonalización, impulsa a ciudadanías representadas por la supresión de lo sagrado y la sublimación de lo trivial, donde ciencia y comercio están al servicio de la fabricación de fantasías que sustentan los futuros añorados para el surgimiento de nuevos afectos, e ir suplantando los primordiales a partir de un proceso de individualización que conduce a la fragmentación de conocimientos y representaciones. La tecnología bajo los preceptos de consumismo, es una fábrica de ilusiones o mundo de hadas en el cual parece residir la tan ansiada felicidad ubicada en un escenario imaginario que cada quien proyecta en su interior, e intentar concretar en imágenes/productos sus deseos, que paradójicamente han abandonado la esencia patémica para convertirse en comportamientos inducidos por los imperios enunciativos constituidos por los aparatos educativos formales y no formales.

Estos aparatos educativos son los mediadores entre el sujeto y las concepciones de realidad a ser representadas, e indudablemente inducen en la creación de imaginarios como fuerzas modelizadoras de las fantasías del ser humano especificadas en objetos a consumir, descentralizar la subjetividad y transferirla a los planos de la manipulación, donde el nacimiento del sentido está fundamentado específicamente en lo biológico y lo histórico, dejando a un lado la historia afectiva como proceso de arraigo del cuerpo y el afecto, la posibilidad de reencontrarse con el pasado, apelar a la memoria para la configuración del sentido en un trabajo de identidad y equilibrio emotivo para consolidar un sentimiento de interioridad que permita manejar adecuadamente las presiones externas, y poder sustentar sus propias interpretaciones de la realidad en un trabajo de individuación que ayude a superar las ambivalencias entre la pérdida y la avidez de afecto; las carencias y las manipulaciones afectivas.

De esta forma, apego e intrasubjetividad forman parte del mismo proceso significativo que alude al mundo íntimo del enunciante asido a la memoria como recipiendario de la esencia existencial. Esa memoria como conciencia de sí, la referencialidad identitaria que soporta el proceso de historización a manera de resignificación del pasado que posiciona al enunciante en un espacio de la representación, simbolizado fuera de las concepciones de desvalorización y culpabilidad recalçadas por las sociedades del desapego para manipular desde todos los órdenes y niveles, mediante la redención de la culpa heredada y convertida en saldo impagable a medida que han transcurrido los tiempos sociohistóricos.

Entonces, todo conduce a la enunciación y sus procesos estructurantes, a manera de escenario significativo para poder encarar una *crisis de sentido* como la moneda de diversas caras que confluye en un mismo cuño, unas veces apocalíptico, otras esperanzador; pero siempre sustentado por el poder de la palabra y sus aplicaciones, las cuales cambian diametralmente cuando provienen de la exterioridad impulsada por las sociedades del desafecto; allí la castración de la subjetividad es el procedimiento rutinario para la inducción hacia la desesperanza y sumisión ante el discurso apocalíptico de la infinitud y destierro, donde la vejez es la materialización terrena de la condenación. Parafraseando a Umberto Eco: apocalípticos e integrados.

La aludida crisis de sentido tiene su fundamentación en la mirada social como representación colectiva que constituye una fuerza modelizadora determinante en la organización de la vida de los sujetos a través de la palabra, desde donde se desencadenan los acontecimientos significantes, aquellos que lindan entre el poder de la sujeción social en un presente enunciativo, y la capacidad rememorativa para resignificar un objeto completamente ausente, potenciarse en las dimensiones de trascendencia, aun cuando provenga de un acontecimiento trivial, pero que en función de la interacción, va cargándose de significación, donde la reclusión obligada por el Covid-19, ha posibilitado toda una semiótica de la pandemia, que a través de las redes sociales ofrece variadas alternativas de interpretación: unas en función de las contextualidades, otras, fundamentadas en el sujeto y sus particularidades afectivo-subjetivas; todas, sostenidas por la notación de una *crisis de sentido*.

Del Dios venidero a la Crisis de Sentido

La crisis de sentido es una indesmentible herramienta teórico-metodológica a la que debemos prestar mucha atención, a la hora de intentar aproximaciones interpretativas en función del posicionamiento del sujeto en un determinado espacio significativo regido por variables que impliquen la interacción intra e intersubjetiva. Allí radica una importante masa referencial para establecer lógicas argumentales, por ejemplo, a través de la pandemia del Covid-19 y el proceso migratorio venezolano, a modo de circunstancialidades enunciativas regidas por una serie de variables que confluyen en un mismo destino epistemológico.

Hablar de una crisis de sentido en un mundo profundamente tecnologizado, resulta paradójico en apariencia, pero si recurrimos a los planteamientos de Edmund Husserl sobre una ‘crisis de las ciencias’, las razones acudirán a nuestro llamado para delinear horizontes de interpretación por medio de ‘la traición al antiguo ideal del logos’ al tratar temas fundamentales para la conciencia humana en función de una profunda irracionalidad, incertidumbre, o retrayéndolos a una conciencia metafísica completamente superada. Según Husserl, la ciencia moderna naturalizó al ser humano y su conciencia intencional, para reducirlo ‘a una cosa entre las cosas’, al mismo tiempo que degradó la razón filosófica a simple cosmovisión histórica.

Recurrir a Husserl en este sentido, implica ir más allá de la consideración de las ciencias en su perspectiva real-objetiva, sino a la recuperación de la ‘fe’ extraviada en la razón científica y filosófica, de esta forma, la crisis radicaré en la pérdida de la fe del hombre en el valor de la ciencia, desde donde, esta crisis de la ciencia derivará en una crisis existencial:

Cuando con el comienzo de la edad moderna la fe religiosa fue convirtiéndose cada vez más en una superficial convención sin vida, la Humanidad intelectual se elevó en las alas de la nueva gran fe, la fe en una filosofía y ciencia autónomas. La cultura entera de la Humanidad iba a ser dirigida por evidencias científicas, iba a ser penetrada de luces, a ser reformada y convertida

en una nueva cultura autóctona (...) Pero desde entonces también esta fe ha caído en la insinceridad y en la atrofia. No enteramente sin motivo. En lugar de una filosofía viva y una, tenemos una literatura filosófica creciente hasta lo infinito, pero casi carente de conexión (Husserl, 1985: 41).

Por otra parte, ante el desprecio por el mundo sensible derivado de visiones tendientes a considerar 'real' sólo lo prescrito por lo puramente comprobable por medio de una objetividad nunca experimentable, Husserl propone:

El contraste entre lo subjetivo del mundo de vida y el mundo "objetivo", "verdadero", reside en el hecho de que este último es substracción lógico-teórica, la substracción de algo fundamentalmente no perceptible en su propio ser-sí-mismo, mientras que lo subjetivo mundano-vital está caracterizado en su totalidad precisamente por su experimentalidad real (1991: 143).

Este contraste permite delinear dos posibles espacios enunciativos para situar la crisis de sentido: el sujeto como funcionabilidad patémica, o el contexto sociohistórico en el cual se mueve ese sujeto. Siendo por tradición el primero, quien con mayor insistencia es señalado a modo de principal responsable de esta crisis al perder el centro vinculante con la vida religiosa y la consecuente secularización de las sociedades, e indudablemente suspendido entre la condena y la posibilidad de reparación de ese ideario. Mientras que la segunda opción está fundamentada en los extravíos de una razón universal a regir los destinos del hombre. Ambos enfoques, coinciden en considerarla una amenaza que acarrea grandes peligros en medio de la proliferación de lo plural.

Ontosemióticamente, esta crisis de sentido es una apertura para la resignificación fuera de visiones apocalípticas propulsadas por las ideas de dispersión originadas por resquebrajamiento de los paradigmas y deterioro de los universos simbólicos omnicomprensivos. Siempre las crisis de sentido van a representar la oportunidad para tratar de hacer argumentaciones sólidas y conducentes para buscar las causas y principios de su generación, en esta oportunidad alrededor del fenómeno migratorio venezolano y la pandemia del Covid-19, dos singularidades a etiquetarse

en una temporalidad que desborda las limitaciones, resiste a los intentos homologantes para desnudar realidades mediadas entre relaciones intra e intersubjetivas a servir de catalizador para las interpretaciones soportadas en una racionalidad totalizadora en la que se convirtió el mundo matemáticamente fundamentado. A decir de Husserl:

Es ahora de la mayor importancia considerar el desplazamiento considerado ya por Galileo, en virtud de que el mundo matemáticamente cimentado de las idealidades pasó a convertirse en el único mundo real, el mundo efectivamente dado como perceptible, el mundo de la experiencia real y posible; en una palabra: nuestro mundo de la vida cotidiana. Este desplazamiento sustitutorio fue heredado bien por sus sucesores, los físicos de todos los siglos subsiguientes (1991: 50).

Este desplazamiento sustitutorio pareciera atribuir al hombre un poder total sobre las cosas, bajo su dominio, perfección y control, lo cual intenta ser demostrado a través del poderío técnico-científico desplegado para tal fin, mostrando los avances en esa área como la aparición del dios venidero a llenar vacíos y conjurar ausencias. De allí la adopción de la técnica como modalidad de la verdad, en momentos a modo de alternativa única, cuando ello no es cierto, pues existen otras modalidades de verdad que cohabitan con ella en un espacio significativo, etiquetado a manera de tiempo de la técnica para fundamentar el determinismo de su acción sobre el hombre en un mundo profundamente tecnologizado. A ser la nueva forma de emplazar las fuerzas del mundo natural para ponerlas a su disposición por medio de lo cuantificable y verificable, donde no escapa la existencia misma del sujeto, también llevada a esas dimensiones para de alguna manera ser recluida en un espacio profundamente condicionado por nociones únicas de verdad.

Entonces, la crisis de sentido, apunta hacia el olvido del mundo de la vida en un espacio donde han colapsado las instituciones proveedoras de sentido y la constante búsqueda de éste en un laberinto significativo, en el cual se han multiplicado los orientadores, quienes intentan aprovechar una gran demanda para hacer de la acción, una forma de incorporarse a una lógica de mercado imperante en los actuales momentos en sociedades sedientas de métodos

terapéuticos, ante el estruendoso triunfo de las cegueras ideológicas frente a la sensatez del sujeto. Además del natural desgaste de los saberes y su inminente pérdida de sentido al mecanizarse a través de los intentos de conceptualizar en función de determinismos, apellidar las circunstancias y hacerlas girar en torno a una larga cadena de etiquetas para patentizar la noción de crisis.

De esta forma se ha recurrido a diversas nominaciones, crisis de valores, de fe, política, sanitaria, educativa, religiosa; multiplicidad de epítetos acuñados a medida que surgen eventualidades en el devenir sociohistórico. Muy lejos del sentido etimológico de la palabra crisis que implica entre otras denominaciones, discernimiento al aludir a una elección con criterio y fundamentación argumental. Por su parte, sentido, apunta hacia otras dimensiones que involucran una compleja manifestación de la conciencia humana al momento de encarar un acontecimiento, mediante relaciones intra e intersubjetivas a dar como resultante la manifestación de una lógica intermediada por lo subjetivo/objetivo, o ambas convergidas en argumentación. De allí que el sentido es una forma de conciencia.

Es acaso la denominación, crisis de sentido, una especie de laberinto a irse reactualizando a medida que avanzan los tiempos históricos y surgen renovadas circunstancialidades, que en el fondo parecieran insistir en un origen común a modo de principio enunciativo, tal es el caso del exilio del ser divino y la orfandad del sujeto, las dos variables que la ontosemiótica asume a modo de catalizadores argumentales para hurgar en medio de una sociedad del consumo proyectada en la inmediatez, indiferente a los deterioros del sujeto y el ambiente, alentadora de una manoseada 'autenticidad nacional' como trampa para devorar conciencias al crear falsas ciudadanía ante la constante penetración de nuevas formas de producción, consumo y comunicación, donde la concepción de ciudadanía³ pareciera reducirse a una práctica gubernamental profundamente alienante.

3. Alrededor del fenómeno migratorio, esta noción de ciudadanía es una variable argumental que permite indagar en un profuso campo semiótico generado por el tránsito simbólico del migrante, representado éste, no solo por quien busca nuevos destinos, sino también por quien se queda a manera de albacea de los espacios originarios. Bajo esta premisa, surge una *ciudadanía trasplantada* a intentar homologar los espacios colonizados por medio de la dualidad de los lugares de origen y los de acogida, una simbiosis a producir un mosaico signifiante que va más allá de una simple movilidad física.

Efectivamente, todas las concepciones sobre ciudadanía representan el intento por ubicar al sujeto en el mundo por medio de una sociedad sin actores, asida a una constante crisis a modo de mecanismo de regulación y control bajo los férreos designios de la racionalización, de “dar un lugar claro a la subjetividad de rehén eliminando la noción de persona” (Levinas, 2002: 45). Promoviendo el desencanto para apuntalar la crisis que tiene una base innegable en la ruptura con el sujeto divino, la asunción de la religión como racionalización del espíritu y su inclinación a lo prohibitivo y sancionatorio por medios de sus normas y mandamientos. De esos predios, el sujeto ha sido expulsado en nombre de la ciencia, la despersonalización, el sacrificio del uno mismo, la identificación con el orden impersonal de la historia y la naturaleza; augurando la muerte del sujeto en sociedades profusamente racionalistas, alejándose de los principios elementales de los postulados afectivo-subjetivos, en cuanto el control sobre los actos de la conciencia, sobre su historia personal de vida al concebirse actor de su existencia, impulsado por una voluntad del ‘obrar’ y ser ‘reconocido como mecanismos de vinculación intra e intersubjetiva. Pero esta actoría intentada ser desplazada para convertirlo en un jornalero colectivo abocado específicamente a aportar su esfuerzo a la producción y generación de riqueza.

En las sociedades del desapego está prohibido soñar, el arte y la literatura están proscritos de los centros significantes, a menos que convaliden las nociones paradisíacas de realidad ofertadas en el mercado de consumo. Los mitos han sido sustituidos por pseudomitos bajo la precariedad de las nuevas deidades, el hombre deambula a la sombra de los tecnicismos; ya el mito forma parte de una memoria del olvido para sumir los presentes en una gran incertidumbre, indeterminación y profundos vacíos existenciales que indudablemente hacen mella en el colectivo a través de una semiosis de la frustración y el desencanto. Pareciera que todo lo atinente a las bases primordiales de la humanidad están depositadas en esa memoria para alentar la referida semiosis, fundamentalmente el mito como soporte consustancial del hombre, de su necesidad subjetiva, inmersa en una semiosis desiderativa que se oponga a la angustia, amenazas y acechanzas de las profecías del desastre.

De esta forma el mito se convierte en una lógica subjetivada a consolidarse en 'razón mítica' a posibilitar renovados horizontes argumentativos para poder vivir en medio de una naturaleza hostil, que no es la primigenia, sino la reelaborada por el hombre y sus ansias de dominación, o más bien de destrucción, soportada por una irracionalidad convertida en lógica de sentido. Así la noción actual de naturaleza es una trampa, donde la lejanía con la deidad se hace procedimiento enunciativo para fortalecer la semiosis de la frustración y el desencanto, procurar los alejamientos con lo trascendental a modo de herramienta para la creación de los sin-sentidos a través de los intentos por absolutizar la realidad, para hacer de los sin-sentido mecanismos axiológicos, dotarlos de certezas incuestionables que rompen con el absolutismo teológico, permean la esencia existencial del hombre.

Ante los imperios de una memoria del olvido, el temor y la angustia son mecanismos para sostener una crisis de sentido, originada por una carencia de protección frente a lo indeterminado y su constante acechanza. Antes de la invasión a Ucrania, el poder armamentista de las grandes potencias permaneció mudo y silenciado ante el Covid-19, una amenaza invisible hizo a la humanidad aislarse, ser rehén en sus propios espacios domésticos, hurgar en las explicaciones científicas y míticas para encontrar las claves detentadoras de la seguridad requerida, claves que aún permanecen cifradas en el más profundo hermetismo, sujetas a las más disímiles interpretaciones que en su dialéctica consolidan las nociones de crisis de sentido, muchas veces inquirida desde las fronteras de la realidad y la ficción, esa delgada línea en la construcción de imaginarios. De allí la vuelta a las profecías, la condena por desobediencia, las teorías sobre conspiración y guerra bacteriológica, las propuestas cinematográficas hechas realidad para apuntalar la heroicidad urbana. Pero lo más cierto, el provecho de la industria farmacéutica convertido en grandes recaudaciones a través de la venta de vacunas, que hasta ahora, son un paliativo ante la mutación del virus.

210

Indefectiblemente, la ordenación del mundo está sujeta a dos dimensiones: la vital o biotopo, y el mito, dos narrativas a enfrentarse y del cual sobrevive el mito por su capacidad de un 'realismo' que no puede ser refutado por la realidad 'real' sino complementarse en él, una forma de contraponer

la proyección del mundo desde dos aristas: la explicación científica y la mítica, de allí la convalecencia del mito en el sustento de la historia de las ideas y su fortaleza en el mundo de las imágenes que intentan alegorizar la seguridad y protección deparada por los sustratos de la deidad que cohabitan con la dimensión técnico-racionalista.

De esta forma, la crisis de sentido está articulada a partir de estas dos narrativas, alrededor de las cuales, las imágenes van acomodándose según la perspectiva del enunciante a colectivizarse en isotopía cultural. En pandemia y migración, el mito de la ciencia se ha acrecentado ante la ausencia del dios venidero o instancia significativa, en momentos desgastada por los abusos sintácticos y las falacias argumentativas desviadas de su esencia simbólica, al desincorporar al sujeto como centro argumentativo. Una nueva mitología donde la adoración por temor o necesidad vuelve a convertirse en el eje fundamental por las pretendidas acciones por alcanzar lo ubicado en lugares inalcanzables, mientras el politeísmo las pluraliza para mayor dispersión y relativización del dominio, las instituye en microfísicas del poder con el fin de debilitar la capacidad simbolizante de la realidad, por medio de la competencia entre fuerzas. Una forma de domesticación de lo sagrado, al atomizarlo para desboronar su fuerza significativa.

Alejado de Dios, la naturaleza es impresa en el hombre en función de los deseos y paradigmas de la felicidad convertida en finalidad del bien para producir placer o establecer vinculaciones a través del discurso para nacionalizarlo, o más bien, construir verdades alrededor de la noción de mundo; estimular la idea de que los valores están en la sociedad y todo lo 'bueno' es útil para su integración y consolidación, mientras lo malo, generalmente representado por el sujeto, atenta contra esos principios. He allí los fundamentos ideológicos de las sociedades del desafecto para someter al individuo en función de los intereses de los discursos del poder, disfrazados de valores comunitarios para intentar suplantarlo los estamentos fundacionales que descansan en la fe y la noción de familia, una especie de ciudadanía colectiva. O el concepto mismo de ciudadanía como cuerpo social que debe mantenerse íntegramente unido para asegurar la felicidad individual. En este sentido, la

sociedad reemplaza todo principio trascendente y suprasensible, para que surja la ciencia política, tal cual lo representa la obra de Maquiavelo, Hobbes y Rousseau, o el orden social solo dependiente de la decisión humana.

La felicidad es una ficción –quimera–, igual la libertad, equidad. Mientras la razón, el saber y el conocimiento, oprimen y segregan al sujeto, lo objetualizan en una cosa sin presencia, mediante la dilución del no-ser en sus espejismos. El dilema de ser o no ser en el enmarcamiento consumista donde existe un sujeto sin-ser y sin-presencia. El giro de la sensibilidad en los imperios de la razón hacia la objetividad hecha proyecto racio-objetivo. Sujetos atrapados en una maraña informacional, el espacio donde la trascendencia se diluye ante el proyecto universal de la falsa emancipación del Estado, el sujeto, la democracia y la cultura, los grandes espejismos de la sociedad del desapego que consumen la humanidad.

De esta forma, la humanidad es una ficción sin razón, la realidad es la eclosión de muchos fragmentos, lo que atomiza la identidad del sujeto para generar una *crisis de sentido*. Potenciada hoy día por la decepción de la sociedad de la información a manera de panacea salvífica. Ahora, la comunicación incomunica, fragmenta, desemboca en profundas e insalvables brechas y rupturas. Los significados son profundamente inestables para atentar contra el flujo del sentido mediante la creación de espejismos y burbujas mediáticas para el sujeto. De allí que la comunicación es anti-cultura que propicia lo anárquico a modo de principio de libertad. Al mismo tiempo, sustituye la estética como la expresión más sublime del sujeto, mientras los aspectos moralizadores son absorbidos por la comunicación.

Un caso específico, América y su resistencia fundamentada en prácticas e imaginarios devenidos de la más pura invención para teóricamente aglutinar, pero en la práctica, disgrega, tal es el caso de las nociones de mestizaje o el llamado realismo mágico. Son intentos por hallar una ‘razón’ aun a costa de una ruptura con el otro, pero imponiendo una razón o mecanismo sistematizado. Estas prácticas fomentan los grandes vacíos existenciales a ser llenados por la publicidad y su tendencia a crear falsos espacios de reconocimiento del sujeto, con la consabida asunción del conformismo

y la lógica del mercado asumida a manera de lógica cultural. Las utopías sustituidas por el desencanto en medio de la pluralidad de los discursos de la sin-razón en pos de la frustración de la idealidad.

La crisis de sentido crea anti-lenguajes para subordinarse frente al dominador, donde se opta por lo inestable de los significados, el olvido del pasado y la fundación del futuro como experiencia. La tradición oral se muda a las redes sociales y desde allí toma el lugar del libro, la teoría, el discurso. Redes dispersas de sentido, caracterizadas por el anonimato al vivir la no-trascendencia; la búsqueda de las carencias para delimitar los 'caminos de la vida' en medio de la sociedad hipotética donde todo puede ocurrir, pero nada sucede, todo queda suspendido para nuevas aproximaciones argumentales. Mientras el verdadero sentido se constituye en la conciencia humana, es una manifestación de la conciencia, está supeditado a la experiencia, porque el sentido nunca deja de estar vinculado a un proceso de subjetivación, modalizaciones afectivas, familiares, cotidianas.

Crisis de Sentido o crisis de ciudadanía

Indudablemente, el sentido tiene sus administradores, es una razón elemental devenida de la naturaleza simbólica del lenguaje, aun cuando es imprescindible señalar que existen filtros para construir visiones de la realidad tendientes a la manipulación y dominación. Un ejemplo, los medios de información y la publicidad como proveedores de sentido en sus posibilidades de 'filtrar' en un ramal de referencialidades disponibles, las más convenientes para sus fines y propósitos. Asimismo las instituciones ponen a la disposición de los individuos, sentidos para barajar significaciones en controvertidos espacios simbólicos donde las acciones comunicativas están profundamente condicionadas por diferentes factores. Mientras la historia pretende ser la reserva y albacea de éste, e intenta administrarlo a su manera –conmemorativa–, al igual lo hacen las religiones, la escuela y la familia, en sus roles de agentes socializadores.

213

Convenido que el sentido tiene administradores y albaceas a través de los cuales, la sociedad del desapego pretende el control de lo subjetivo por medio de la responsabilidad individual, hecha objetivo social a engrosar

los inventarios, registros o depósitos históricos a ir encajando según tiempos y circunstancias para estratificar la referencialidad en *comunidades de sentido*, donde están ubicadas la pandemia y la migración a modo de temporalidades específicas del acontecimiento a discernir según pautas determinadas. Pautas surgidas a manera de filtros en cuanto develamiento, allí ingresan las estadísticas y las posibilidades de maquillaje para minimizar los impactos causados, donde complejos problemas sociales son llevados a la catalogación numérica para servir de diatriba política e ideológica, ser un referente más para las oportunidades electorales, tal cual ha sucedido con el fenómeno migratorio venezolano. Muchas veces reducido a una acción apátrida para intentar esconder sus raíces cuestionadoras de un sistema político ofertado como paradigma de concertación y equidad social.

Bajo estas *comunidades de sentido* a establecerse en pandemia y migración, son inocultables los niveles de exclusión a ir creciendo cada día más, ensanchando las grietas entre quienes amasan grandes fortunas y los que ayudan a hacerlas, pero sólo reciben migajas, están a expensas de una eterna esperanza divina o terrena para llevarlos a los espacios de confort y bienestar que nunca llegan. Y precisamente, alrededor de estas específicas circunstancialidades, es menester considerar el concepto de *ciudadanía*, teóricamente, un estatus para la incorporación de deberes y derechos en cuanto incorporación del sujeto a espacios sociales, constituyendo una de las referencias más evidentes de una *crisis de sentido*. Pues la exclusión trae como consecuencia la desigualdad, e indudablemente anula esa concepción de ciudadanía.

Las condiciones de precariedad dentro de una sociedad es una anti-ciudadanía que viola los más elementales derechos del hombre y establece insalvables diferencias para hacer más cruentas las relaciones de la humanidad. Hoy día, puede verse con preocupante claridad en el número de vacunados y no-vacunados contra el Covid-19, más aún, en los países con menos posibilidades de desarrollo, quienes parecieran condenados a sufrir en medio de la indiferencia del resto. Porque las consideraciones de ciudadanía parecieran circunscribirse a espacios determinados por una historia local, para

encerrarla en una especie de reservación, pero sin embargo, seguir alentando una connotación de ‘ciudadanos del mundo’ para develar la más descarada manipulación, pues los medios tecnológicos y la vertiginosa influencia de las redes sociales, muestran la otra cara de la moneda, los espacios de confort.

Ontosemióticamente, por medio de la interacción sónica entre valor/antivalor, van creándose anti-ciudadanías, más aun cuando están referidas al aspecto productivo de las sociedades, tal es el caso de la vejez, los infectados, enfermos, migrantes, quienes son desplazados de los centros referenciales del poder para engrosar la periferia, despojarlos de ‘la ciudadanía prometida’ a través de la institucionalidad bien sea política, social, económica, religiosa, para ser cercenados sus más elementales derechos de vivir acorde a su condición. En este sentido, hay que repensar las crisis de sentido en función de ciudadanías cercenadas, impuestas de alguna u otra manera por los mecanismos socializadores, diluidas en los efectos globalizadores de la humanidad y la tendencia a homologar en un centro significativo la diversidad y los sincretismos.

Allí ingresa la educación en todas sus facetas, modalidades y ejecutorias para hacer su papel formador de ‘ciudadanos’, que a la postre, son los agentes reproductores de los fundamentos de las hegemonías del poder. Ciudadanías tan etéreas que no son más que artificios para posicionar temporalmente en los cambiantes espacios sociohistóricos, alimentados por la cultura del espectáculo y el desarraigo. De esta manera, la escuela forma para una ciudadanía desafortunadamente consumista que no repara en pensar sobre ella, por el contrario, constituye un ‘instrumento ciego de su propia destrucción’. Y al referirme a esa ciudadanía consumista, no me inclino a pensar solamente en la adquisición de bienes materiales, que continúa siendo una de las mayores expresiones de la supuesta felicidad y realización del individuo, sino a todo tipo de insumo manejado por los discursos del poder para la dominación a través de la distracción y la banalidad.

215

Entre esos insumos, está la voracidad comunicacional y sus trampas distractoras, para hacer de las redes sociales el lugar donde la normalidad surge de manera abismal ante los descabros del mundo desmigajado

entre pandemia, migración y guerra. Mediante la traslación de la vida íntima, las redes sociales crean una virtualidad por demás interesante al momento de establecer referencialidades en torno a la ciudadanía, porque dentro de ellas se crea una muy particular, una vecindad global, para intercambiar desde cualquier parte del mundo, acortando distancias, pudiendo en tiempo real compartir referencialidades de diversa índole. En muy sentidas consideraciones, con verdadero furor, Twitter es llamado la ‘pajarera’, para humanizar esa comunidad virtual, pero al mismo tiempo, es un reconocimiento tácito de una forma de confinamiento y reclusión a lugares de la mera observación.

De esta forma, desde una gran vitrina es posible observar el acontecer mundial y poder desarrollar toda una serie de acciones comunicativas tendientes a ‘interpretar’ en medio de la conformación de cofradías alrededor de los temas surgidos. Donde el supuesto trinar armonioso de la pajarera, pasa a ser un ruido ensordecedor al momento de las disputas políticas, ideológicas, religiosas o personales. Específicamente con el Covid-19, las enconadas polémicas entre vacunarse o no hacerlo, ante la exacerbación de la amenaza, por una parte: del virus en sí, por la otra, las consecuencias adversas para la salud provocadas por las vacunas, mientras el origen del virus es un verdadero enigma para alentar las más variadas versiones. Ello evidencia que la traslación de los espacios cotidianos, domésticos e íntimos a las redes sociales, implica también la manifestación del ser humano en medio de sus limitaciones, precariedades y condicionamientos, hoy mucho más visibles a través de grandes vitrinas propiciantes del espectáculo implícito en esas acciones comunicativas.

Inobjetablemente, las redes sociales se han convertido en el lugar de mirar sin ser visto. Desde cualquier lugar, un dispositivo electrónico permite ingresar a un convulso mundo referencial que ofrece variadas posibilidades de entretenimiento, aun cuando sea la misma tragedia del hombre la que está en escena, sigue siendo divertido distraerse en ella, quizá conjurarla en ese sentido para amainar su efecto corrosivo en la existencia humana. Sin llegar a demonizar las redes sociales, ellas han institucionalizado el fisgoneo a modo de un *reality show* a actualizarse con una

velocidad increíble para ofrecer información a cada instante, aunque ésta provenga de las *fake news* que tanto uso y efecto tienen hoy día en la cotidianidad virtual y sus prolongados efectos en la real.

Desde esta perspectiva, es importante señalar que entre los efectos desbastadores de la Pandemia del Covid-19, más allá de la crisis sanitaria, surgen alternativas pospandémicas que tienen su base en el confinamiento y distanciamiento social. Así Facebook cambia a *metaverso* para postular la evolución de la forma de usar internet, poder convertirse en un holograma para teletransportarse a los espacios de trabajo, conciertos, visitas familiares a partir de espacios tridimensionales, algo así como la presencia constante sin tener que salir de casa, pero obviamente, para privilegiados del goce y disfrute de la tecnologías, mientras que la gran mayoría observará perpleja el cumplimiento de las profecías devenidas del gran Nostradamus moderno: el cine.

Pareciera ser que en estos ‘tiempos de crisis’, los espacios domésticos retoman su eje referencial al ser el lugar para la proyección hacia el universo virtual, desde las videoconferencias, hasta la intención del *selfie* para mostrar/sugerir. Indudablemente estas son formas para lograr un posicionamiento en una universalidad para reconocimiento del sujeto en el otro a manera de validación y soporte referencial. Aunado a esto, por la pandemia del Covid-19 y, en relación con el proceso enseñanza-aprendizaje virtualizado, el hogar pasó a representar una didáctica doméstica con profundas variables de articulación para adquirir una funcionabilidad determinante en cuanto espacio y roles a desempeñar, o ejecutorias a llevar a cabo en el logro de los contenidos programáticos, que indudablemente giraron en torno al área cognoscente y no de preparación para enfrentar la adversidad.

El anterior comentario surge de cara a una preparación pospandemia, tomando en consideración esa didáctica doméstica implícita en una pedagogía de la cotidianidad, a manera de continuum de formación sin crear innecesarias escisiones con el saber escolarizado, sino ambas instancias integradas alrededor de los actores del proceso educativo, respetando las diferencias y acervos locales, cesando un poco en sus afanes globalizadores para de

esta forma, no hacer tan ajeno al sujeto de su propia educación. Ofrecerle una ciudadanía mucho más consustanciada consigo y el otro mediados por relaciones intra e intersubjetivas. Lamentablemente, los esfuerzos de las sociedades, ahora profundamente tecnologizadas, no tienen la mínima intención de integrar al sujeto en torno a esas dos dimensiones, la búsqueda es su desubjetivación, lo cual significa su desprendimiento de una ciudadanía sensible para habitar la consumista y allí diluirse en todos los sentidos y maneras.

Ante esta real y franca realidad, parece que ha llegado el momento de oponer a la crisis de sentido/ciudadanía, el capital del conocimiento sostenido por una actividad intelectual centrada en el sujeto, para hacer frente a los designios de las economías rentistas, los mentideros políticos, desvíos espirituales hacia la materialización del diezmo y la humillación como formas de llegar a la deidad. En estos momentos, las potencias mundiales procuran la meritocracia a modo de fórmula viable para su desarrollo, mientras muchos países latinoamericanos están obnubilados por el pasado belicista para seguir alimentando añosos criterios nacionalistas a transformarse en ceguera ideológica e incapacidad gubernamental.

En fin, se trata de no permitir la muerte del sujeto a través de la deshumanización infringida por una élite comunicacional o extensión coaccionante de los discursos del poder, que en el caso de la pandemia del Covid-19, han creado una verdadera mascarada encabezada por las cifras de infectados o fallecidos, mutaciones del virus o nuevas amenazas bacteriológicas, para esconder puntuales realidades fundamentadas en la exclusión e inequidad social, una real y sostenible pandemia a azotar y asolar la humanidad, donde el sin-sentido crea una 'normalidad' regente de un sinfín de situaciones a diario debatidas por la academia, pero nunca atendida por quienes tienen la oportunidad de resarcirla. Lo importante sigue siendo alimentar una esperanza que nunca llegará, y si lo hace, forma parte de las promesas electorales a quedar suspendidas de tiempo en tiempo para volver con su poder encantador al ser convocadas.

218

Esa misma situación se repite en el caso de la migración, un fenómeno a interpretarse más allá de la movilidad física para interrogar un universo significativo y poder encarar reflexiones mediante las concepciones de

ciudadanía a diluirse en un espacio de incertidumbres. Pero hoy día, en la sociedad tecnologizada y de amplia apertura a la colectivización de la cotidianidad, los ribetes apuntan hacia el espectáculo a ocultar en muchos casos las verdaderas causas que generan el efecto migratorio, unas veces por los cercenamientos ideológicos, otras por la personalización de la acción, para con su individualización, muchas veces descontextualizarla, suprimirla con la cuantificación estadística o el manejo político.

En tal caso, voy a referirme a una experiencia de investigación en torno al fenómeno migratorio venezolano a partir de las *gramáticas de la afectividad* a constituirse entre los diferentes interactuantes, en función del antagonismo heroicidad/antiheroicidad del migrante en la búsqueda de los objetivos planteados. Allí encontré un controversial universo signifiante contenido en un tránsito que va desgajando una noción de ciudadanía para dar paso a una:

Identidad transmigrada que se sostiene entre las nociones de lugares originarios o puntos de partida, y el proceso de asimilación, refiguración y sostenimiento del sujeto migrante en los espacios de acogida. Todo ello en función de la elaboración de un registro simbólico diversificado en múltiples aristas a irse decantando a medida que ocurren los procesos migratorios o tránsitos simbólicos, más allá de la simple movilidad física (Hernández, 2021: 14).

Esta transfiguración identitaria genera una ciudadanía emergente transigida entre los lugares de origen y los de hospedaje, a más decir, surgida de esa inevitable relación de sujeto colonizador y espacios colonizados, advenida de todo proceso migratorio para hibridar un sinfín de referencialidades a constituir elementos indispensables para el sostenimiento en un espacio del reconocimiento; en todo caso:

El sujeto enunciante, convergido en esta oportunidad como sujeto migrante que busca ‘hospedarse’ en realidades trasplantadas para materializarse enunciativamente, colonizar o ser colonizado por espacios emergentes, que indudablemente van configurando ciudadanía emergentes o configuraciones patémico-actanciales,

para *permanecer* asido a las circunstancialidades enunciativas impelidas por diversas y disímiles isotopías a resignificarse dentro de los procesos lógicos de subjetivación enunciativa (Hernández, 2021: 35).

En esta especificidad argumentativa de la acción comunicativa, la subjetivación juega un papel fundamental en los propósitos de reordenar los espacios significantes, al mismo tiempo, de sostener al sujeto enunciativo en constante vinculación con el espacio donde queda el otro migrante, el *guardián* o *albacea*, pues es quien asume la misión de salvaguardar al ausente dentro de la complementariedad simbólica, manifestada más allá del orden físico, para aglutinarse en las gramáticas de la afectividad, esa locación donde en realidad va a constituirse una ciudadanía sensible con una potencialidad asombrosa para convocar miradas y homologar voluntades alrededor de un acontecimiento profundamente patemizado.

Ahora bien, el denominado migrante guardián o albacea, a pesar de quedarse, acompaña al otro en su tránsito simbólico, es coautor de la travesía, como lo es todo aquel tocado por una misma realidad. De este modo va constituyéndose una comunidad de amplísimas dimensiones, que hoy por el influjo de las redes sociales, tiene la oportunidad de amplificar su radio de acción-difusión para crear mecanismos de resarcimiento, o por el contrario, de confrontación. De alguna manera se logra la conciliación por medio de lo afectivo frente a las descalificaciones ideológicas o cuestionamientos gubernamentales al calificar a los migrantes de apátridas, mercenarios o agentes de las potencias extranjeras para desacreditar la labor del gobierno de turno.

Acá surge nuevamente la figura del hogar a modo de centro significativo, tal cual lo he referido en cuanto a la pandemia del Covid-19, e incluso desplaza la ciudadanía devenida de las falsas nociones nacionalistas basadas en los fundamentos ideológicos de una 'patria' consolidada, por una *emergente* a intentar conjurar a través de las gramáticas de la afectividad, las consecuencias de una realidad cada vez más alarmante con el creciente número de migrantes. Por demás, la dimensión patémica actúa

como un contrasentido al intentado imponer por las racionalidades oficialistas, entonces, cabe preguntarse ¿Es realmente el sujeto responsable de la crisis de sentido?, o en su defecto, es la sociedad quien la propicia como instrumento de dominación, anulación y exclusión de ese sujeto.

O en todo caso, esa crisis de sentido es una forma de encubrir realidades a irse prolongando en el devenir de la humanidad, para ser atemporalizada bajo la noción de *tiempos de crisis* a permanecer a modo de amenaza perenne y lugar de asfixiamiento de los sujetos mediante un idóneo mecanismo de prolongación de las ausencias y carencias, bajo los efluvios de las esperanzas por venir pero nunca materializadas, porque en fin, son sólo eso, visiones de futuro que lindan entre lo crasamente objetivo y las ilusiones del confort colectivo, cuando continúan campeando las inequidades propiciadas por los discursos del poder de una sociedad del desafecto.

Resignificar: el verdadero desafío del sentido

En ningún momento es negar una crisis de sentido, pero tampoco seguir aupando culpas sobre los sujetos, es algo inadmisibles cuando existen valiosos recursos teórico-metodológicos para hacer de esa materia significativa, espacios de reflexión más cónsonos con las ciencias humanas y su objetivo fundamental de resignificar en función de la sensibilidad amenazada, o recurso para buscar en los mundos primordiales las referencialidades a oponer ante la amenaza y la angustia; convocar los vínculos del afecto esencial para volver la mirada resignificante sobre la historia, la figura de Dios en su estricto sentido humano, el arte a modo de posibilidad cierta para delinear caminos desde lógicas subjetivas contentivas de una argumentación, soportada en las relaciones intra e intersubjetivas que permitan la convalidación de lo individual-colectivo bajo la equidad social.

221

Indudablemente, el Covid-19 y la migración –ahora la guerra–, son una amenaza para el sujeto y sus paradigmas, pues éstas representan un descentramiento de los espacios del reconocimiento, auténticos o no, lugares para reconocerse a través de diversos mecanismos de sostenimiento en función de una certidumbre y sus consiguientes efectos de estabilidad y

armonía, que al romperse, crean la angustia y zozobra ante el tambalearse de las identidades que exige una reapropiación de los territorios amenazados que nunca volverán a ser los mismos, pero seguirán ofreciendo la protección anhelada para crispación de las identidades.

El desafío radica en vivir la crisis interrogándola para develar en su esencia las claves para interpretarla, no verla desde una imposibilidad, sino más bien, la oportunidad de proponer para enmendar. Resignificar es comprender en todas sus aristas significantes los cambios para rehacer bajo el propósito de la enmienda, más allá de las falsas promesas e hipócritas actos de contrición, sin seguir legando culpas o estimulando resentimientos; sino más bien, de crear conciencia a través de una semiosis desiderativa que enfrente a la de la frustración, y a partir de allí, resignificar mediante una lógica afectivizada como recurso impulsador de la argumentación para la acción colectiva.

Son tiempos de rescatar las nociones de ciudadanía a manera de conciencia del sujeto fuera de toda imposición jurídica, social o política. Ser ciudadano en correspondencia con el humano ser, consustanciado consigo y el otro para emprender caminos compartidos, sin más limitaciones que las impartidas por la naturaleza misma de las circunstancias, no de las etiquetas concebidas para segmentar y disgregar. La ciudadanía no debe seguir siendo una etiqueta intercambiable según los afanes del poder, es una pertenencia del sujeto a no arrebatarse jamás, porque su extravío, conduce a la orfandad, hacerlo presa fácil de las condenaciones heredadas o las ilusorias visiones de una felicidad exhibida en los grandes anaqueles de las sociedades del desafecto.

Bibliografía

Hernández Carmona, Luis Javier (2021) *Héroe o antihéroe. El migrante venezolano y las gramáticas de la afectividad*. (En proceso de edición).

222

Husserl, Edmund, (1991) *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Editorial Crítica.

Levinas, Emmanuel, (2002) *Fuera del Sujeto*, Caparrós Editores, Madrid.